

EL PALÍN, JUEGO SAGRADO MAPUCHE

LA BOLA VELOZ

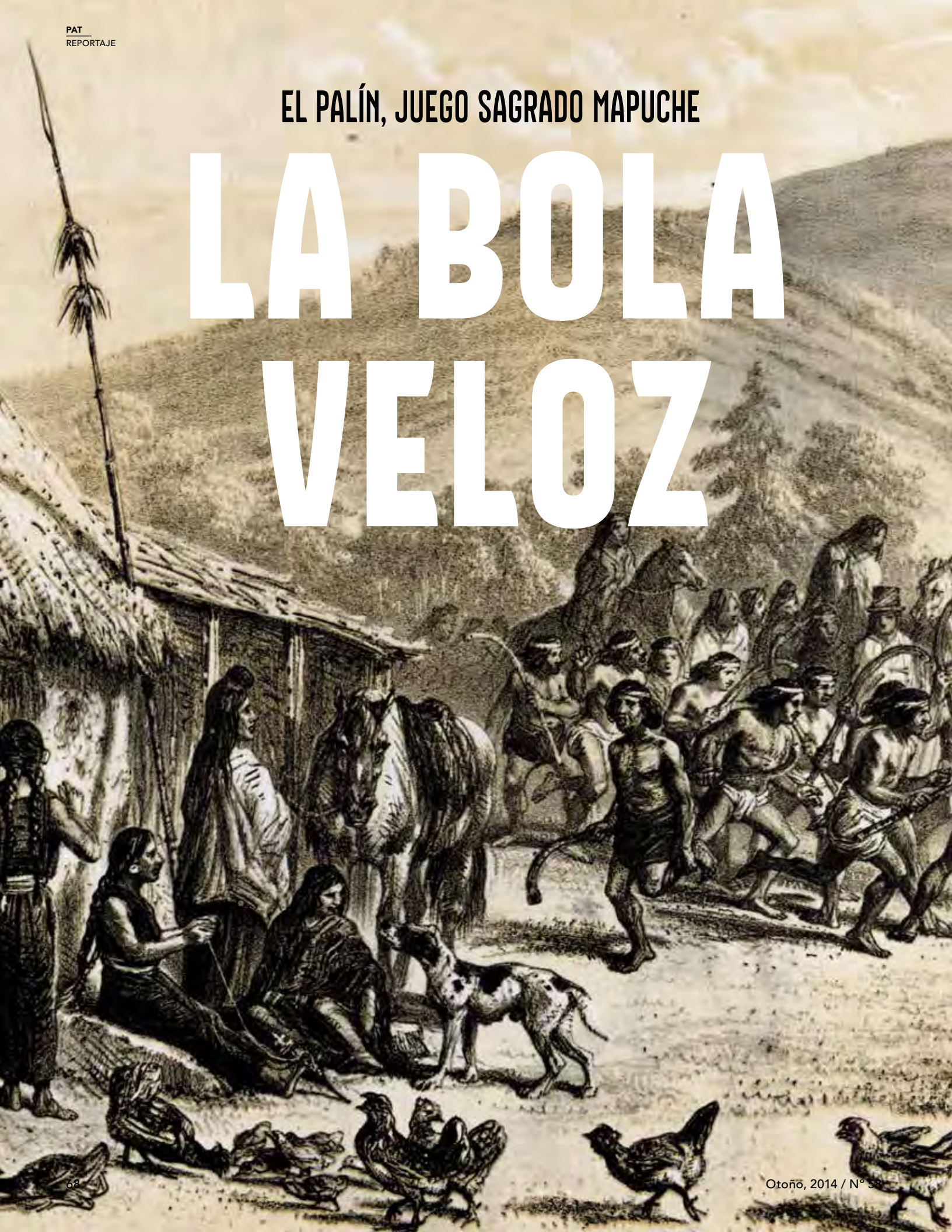


Lámina de Claudio Gay, erudito naturalista francés contratado por el Gobierno de Chile, en 1830, para registrar la historia natural y social del país.

En la tradición ancestral mapuche, el palín era un juego ritual que servía tanto de entrenamiento para la guerra como de instancia para resolver pleitos. Bautizado como “chueca” por los conquistadores españoles, fue prohibido por la Iglesia en el siglo XVII. Hoy, aunque despojado de la mayor parte de sus elementos rituales y de connotación sobrenatural, el palín se juega incluso en Quinta Normal y Cerro Navia.

Por Rodrigo Miranda, basado principalmente en la investigación de Constanza Acuña / Fotografías de Edmundo Carrillo Godoy (Premio Latinoamericano de Fotografía Patrimonial, muestra fotográfica itinerante *Wallkechi*) y archivo Biblioteca Nacional



En el pasado, las partidas de palín podían durar tres y hasta cuatro días, pues un equipo solo obtenía la victoria si marcaba cuatro puntos seguidos.

Sobre una extensa y polvorienta explanada, varias decenas de hombres sudorosos y magullados corren disputándose una pequeña pelota de madera o de lana de oveja, forrada en cuero. La golpean con bastones –también de madera– curvados en su extremo inferior, intentando lanzarla más allá del límite del equipo contrario. Están exhaustos: llevan tres días jugando.

La pelota rueda a toda velocidad. Eso era, justamente lo que buscaban los jugadores unos días antes, cuando enterraron la bola junto al pequeño cadáver de un *konoikoi*, para que adquiriese la rapidez de ese agílsimo ratón silvestre.

Hoy mismo, o tal vez mañana, apenas termine el juego, se iniciará una fiesta con abundante comida, *mudái*, música y bailes. Sentado sobre un pellejo de animal, cada jugador conversará y departirá en compañía de su *kon*, quien fuera su adversario personal durante el juego.

La escena transcurre en algún lugar de Chile, en el centro o el sur del territorio, antes de la llegada de los españoles, cuando solo mapuches habitaban la región². En una cancha o *paliwe* que podía medir más de un kilómetro, dos equipos con igual cantidad de jugadores se enfrentaban en un juego que podía servir tanto de entrenamiento para la guerra como de mecanismo para resolver diferencias entre las comunidades. Cada partido era un gran acontecimiento ritual que comenzaba con ceremonias en los días previos. Para asegurarse la victoria, cada jugador llevaba su bastón o *weño* a un viejo *dagunfe*, una suerte de curandero que lo “medicaba” con ungüentos para que el palo cobrase vida y aprendiese a resistir los golpes. También podían llevarlo donde una machi, para preguntarle si su dueño vencería en el juego. Las machis, además, “curaban” o bautizaban varias pelotas, entre las cuales se escogería una para el partido. Y ganaban prestigio si su bola resultaba la elegida, como también si acertaban el resultado del partido (para lo cual hacían un vaticinio luego de interrogar en sueños a los espíritus).

Luego venía una rogativa al dios *Nguenechén*, donde la machi entraba en trance para intermediar entre la divinidad y el pueblo.

Al día siguiente, el juego comenzaba con los capitanes

–o *lonkopalin*³– de cada equipo disputándose la pelota, intentando sacarla a golpes de *weño* de un hoyo cavado en el centro de la cancha.

“Era su oráculo”, dice el estudioso del palín Carlos López von Vriessen⁴. Y agrega: “Además, este juego era importante para la formación de un buen guerrero, quien requería una excelente condición física. Era una verdadera escuela para formar el carácter viril. La preparación del jugador exigía también ayuno y castidad. El ideal del joven mapuche era llegar a ser un famoso guerrero y un destacado jugador de palín”.

Constanza Acuña, autora de una tesis historiográfica sobre el palín⁵, señala: “Pese a la rudeza del juego como entrenamiento guerrero, había reciprocidad. Al rival o *kon* luego había que atenderlo y él debía devolver el cariño dos años después, en otro palín”. Y agrega: “Es uno de los ritos más importantes y constitutivos del pueblo mapuche. De hecho, los *lonkos* se hacían enterrar con un *weño* en las canchas de palín. El mapuche empezaba a practicarlo y a aprender sus reglas desde niño”.

LLEGAN LOS ESPAÑOLES

El soldado y cronista español Jerónimo de Bibar –tras presenciar este juego en la provincia de Concepción en 1550– escribió que los mapuches eran “grandes jugadores de chueca”⁶, aludiendo al juego popular castellano, de características similares al palín.

Casi un siglo más tarde, en 1646, el jesuita Alonso de Ovalle publicaba la primera lámina alusiva al palín⁷, señalando de paso que los mapuches “juegan ala Chueca, que es el juego en que los indios hazen mayores demostraciones de agilidad, y ligereza, por la competencia, emulación y porfia conque cada vanda procura lleuar a su señalado termino la bola”. A lo que añadía: “Aunque este juego me dicen que también lo

1 Bebida alcohólica hecha con maíz o trigo fermentado.

2 Otros juegos de pelota se practicaban en diferentes culturas americanas antes de la llegada de los conquistadores, en territorios que hoy ocupan Estados Unidos, Canadá, México, Honduras, Argentina y Paraguay, entre otros.

3 En la lengua mapuche, *lonko* significa “cabeza” o “jefe”.

4 Para más detalle, consultar de este autor: *El Palín. Juego tradicional de la cultura mapuche*. Valparaíso; Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2011.

5 Acuña, Constanza: *Del Palín a la chueca: cambios y permanencias a través de las imágenes visuales en un juego tradicional de la cultura mapuche (siglos XVII-XVIII)*. Trabajo de investigación para el seminario “Historia e Imágenes Visuales”. Instituto de Historia, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política. Universidad Católica, 2013.

6 De Vivar, Jerónimo: *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1966 (transcripción paleográfica del manuscrito original).

7 Alonso de Ovalle. *Histórica Relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en la Compañía de Jesús*. Roma: Francisco Cavallo, 1646.



Fotografía de Gustavo Milet Ramírez, tomada en 1890 durante un partido en Huiñilhue, IX Región.

juegan en algunas partes de España, no lo aprendieron los indios de los españoles, como han aprendido el de los naipes i otros, porque lo juegan de mucho antes” (sic).

Ya en esa época, sin embargo, la connotación “pagana” del palín generaba resistencia entre los españoles.

En 1626, por ejemplo, el obispo Francisco González de Salcedo había ordenado a los “curas y vicarios y visitadores de nuestro Obispado que procuren con todo cuidado y vigilancia impedir los juegos de chueca (...), en los cuales hacen muchas idolatrías, invocando al demonio la noche antes y hablando con él y ofreciéndole cosas para que les haga ganar, usando de muchas ceremonias diabólicas con la bola con que han de jugar, y adorando y reverenciando al demonio con reverencia sólo debida a Dios; y hacen grandes borracheras hombres y mujeres, donde cometen gravísimos pecados de lujuria, como gente sin juicio y gobernada por el demonio, y suelen matarse unos a otros”.

Severos castigos instruía el obispo para los jugadores de palín que desobedecieran la norma. Penas que, en la práctica, estaban restringidas a los mapuches sometidos, pues todos aquellos que vivían al sur del Bío-Bío, denominados “rebeldes”, escapaban a la autoridad peninsular y a la jurisdicción del obispo. Cabe hacer notar, en todo caso, que la sola instrucción de este castigo sugiere que ni siquiera los mapuches sometidos habían abandonado la práctica del palín.

Poco tardó el gobierno colonial en plegarse a las prohibiciones de la Iglesia. Principalmente, por considerar este juego como una instancia de organización para rebeliones y alzamientos indígenas.

En 1647, el gobernador capitán general Martín de Mujica sentenció que a “la persona noble y de calidad” sorprendida por primera vez jugando al palín se le cobrarían “cien pesos

de multa”, y a la segunda vez sería “enviada a la guerra por dos años” (o sea, a combatir a los mapuches). A su vez, “a los indios se les darían cien azotes por primera vez y seis años de condena si reincidían”⁸. Esta diferenciación en los castigos se explica –en parte, al menos– por las diferentes condiciones socioeconómicas de los españoles y los indígenas en la época. El peninsular era condenado pecuniariamente porque posiblemente tenía recursos con que pagar (aunque no debe descartarse que la pena por reincidencia haya servido al objetivo militar de reclutar contingente para pelear en la

8 Pereira Salas, Eugenio: *Juegos y alegrías coloniales en Chile*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1947.

LAS REGLAS ANCESTRALES

El juego se iniciaba con dos filas enfrentadas a lo largo de la cancha, cada jugador frente a su *kon* o rival personal. La relación con esta “pareja” contraria hacía del palín un juego individual y colectivo a la vez. Si bien competían dos equipos, cada jugador debía estar muy concentrado en su *kon*, intentando evitar que hiciera jugadas que perjudicaran a su equipo.

Los jugadores se movían en el sentido longitudinal de la cancha y con los pies descalzos. Un bando se anotaba un punto –o raya– cuando la pelota sobrepasaba el *tripalwe* contrario, o línea de fondo. No existía arco ni arquero.

Luego de cada punto, la bola se lanzaba de nuevo al hoyo central. Si el otro equipo anotaba un punto, había empate, se perdían los puntos ganados y se empezaba de cero. Por eso, en el pasado, las partidas de palín podían durar tres y hasta cuatro días, pues un equipo solo obtenía la victoria si marcaba cuatro puntos seguidos.

Estaba prohibido golpear con la chueca a un adversario, hacerle zancadillas o empujarlo. Ante una falta –no había árbitro– los jugadores se hacían justicia con el *lonkotún*: tironear el pelo del agresor, sin llegar a la violencia.

guerra que se libraba en el sur de Chile). Al indígena, por su parte, se le infligía una pena de gran visibilidad y connotación social, cuyo énfasis era el de adoctrinarlo en el cumplimiento de las normas. La sola especificación de castigos para “personas nobles” y para “indios” da cuenta, por cierto, de que la práctica de este juego ya se había extendido entre mestizos y españoles.

Porfiadamente, pese a todo, el palín logró sobrevivir a las prohibiciones.

Para lograrlo, sin embargo, fue “occidentalizándose” mediante el repliegue progresivo de sus elementos rituales y sobrenaturales, lo que lo fue acercando, cada vez más, a una práctica puramente lúdica o deportiva. Una transformación que, sin duda, contribuyó a masificar este juego –con el nombre de “chueca” más que de “palín”– entre los criollos y mestizos del campo chileno.

“En el siglo XVI se practicaba en Chile desde el río Choapa [en la actual Región de Coquimbo] hasta a las Islas Guaitecas, al sur de Chiloé. Hasta mediados del siglo XVIII era el deporte chileno más popular, y había traspasado la frontera mapuche, alcanzando a las grandes ciudades”, dice López von Vriessen. No obstante, la Iglesia no detuvo su cruzada.

En 1744 el obispo de Concepción Felipe de Azúa e Iturgoyen volvió a prohibir el palín, culpándolo de dar origen a embriaguez, excesos, conspiraciones, sediciones y supersticiones funestas y depravadas. Consideraba, además, la participación de la mujer en dicho juego como una “prostitución de la honestidad”. En 1763 el obispo de Santiago, Manuel de Alday y Aspee, fue aún más lejos, agregando la pena de excomunión para los infractores.

Además de enconados enemigos, sin embargo, el palín también tuvo protectores. Antonio Manso de Velasco, virrey del Perú y ex gobernador de Chile (1737-1744), lo defendió en una carta dirigida al rey en 1751, en la que señalaba: “Esta diversión en que se ejercita la gente singularmente no contiene en la circunstancia y en el modo ninguna indecencia. No hay motivo para su prohibición y por el contrario es útil el uso de esta diversión para que con ella descansen aquellos vecinos de la continua tarea a que los precisa la necesidad”⁹.

Décadas más tarde, en 1831, el pedagogo argentino Domingo Faustino Sarmiento obligaría a los profesores a enseñarlo a los alumnos, cuando era visitador de las escuelas de la provincia de Aconcagua.

A partir de la década de 1950, muchas comunidades mapuches comenzaron a recuperar algunos elementos ancestrales de este juego. Diversas iniciativas similares de recuperación de elementos culturales y derechos en Latinoamérica conformaron, en esa época, lo que se conocería como el movimiento de “emergencia indígena”.

“El palín ha sido y es el más importante juego originario de

Manuel Díaz Calfiú, jugador de palín, asegura que se pretendió “fútbolizar” el palín. Ahora se arman campeonatos, federaciones, y los equipos hasta intercambian camisetas”.

Sudamérica. Muchos mapuches expertos en sus tradiciones me han dicho que ha sobrevivido en el tiempo gracias a que los secretos de su cultura no se divulgan”, dice López von Vriessen.

En 2004, el juego del palín fue reconocido como un “deporte nacional” por el Estado de Chile, lo que le confirió el mismo estatus de cualquier otro deporte reconocido y les permitió a sus cultores crear clubes y organizar competencias, además de postular a fondos públicos. En 2005, de hecho, se realizó el primer campeonato en Santiago.

La declaratoria revistió un alto valor simbólico, por dos razones muy diferentes. Primero, porque sellaba un amplio y oficial reconocimiento de importancia y aprecio para este juego. Pero, al mismo tiempo, porque afirmaba su calidad de simple práctica deportiva, alejándolo de los elementos rituales y espirituales que revestía su práctica original.

“Hay cierta manipulación detrás de esta institucionalización”, observa Manuel Díaz Calfiú, jugador de palín: “Se pretendía ‘fútbolizar’ el palín. Ahora se arman campeonatos, federaciones, y los equipos hasta intercambian camisetas”.

EL PALÍN HOY

Actualmente, en las comunidades mapuches de las provincias de Arauco, Bío-Bío, Cautín y Valdivia se juega con 11 o 15 personas por equipo –siempre un número impar–, en canchas rectangulares de –máximo– 200 por 12 metros. La competencia se organiza para ocasiones especiales, como el Año Nuevo mapuche –o *wetripantu*–, e incluye un guillatún, otras ceremonias sagradas, una fiesta y un banquete a cargo de la comunidad organizadora.

PALÍN FEMENINO

También entre mujeres se practicaba antiguamente este juego. “Las mujeres conformaban equipos, ya que estos también servían de preparación física y espiritual para enfrentar al enemigo. Las mujeres, históricamente, siempre hemos defendido nuestro ser mapuche”, señala Juana Painalef. “Participamos en todo momento, desde antes de que nazca el *palife* (jugador): lo criamos, educamos, apoyamos, vestimos, alimentamos, soñamos, acompañamos, alentamos”, agrega la directora del Museo Mapuche de Cañete.

Había también palín sobre hielo –en invierno–, a caballo, infantil y mixto (hombres y mujeres).

9 Pereira Salas, Eugenio: *Juegos y alegrías coloniales en Chile*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1947.



Edmundo Carrillo Godoy

“Incluso en la Región Metropolitana se hacen partidas en lugares como la Quinta Normal y Cerro Navia. El objetivo es compartir, confraternizar con el adversario en un ambiente de amistad, y atenderlo al final del encuentro con alegría. Juegan niños, mujeres y hasta ancianos”, dice Manuel Díaz Calfiú. Y añade: “Hoy es un encuentro de esparcimiento cultural y de reivindicación política. Y todavía se usa para tomar decisiones: por ejemplo, fijar el límite entre dos comunidades”.

Por otra parte, esporádicamente se arman torneos con varios equipos, como en el fútbol –modalidad a la que llaman *winkapalín*, denotando que es un “palín con influencia foránea (*winka*)”–, incluyendo eliminatorias, finales y un tiempo limitado de juego.

Juana Painalef, directora del Museo Mapuche de Cañete, señala: “En el territorio de Arauco son permanentes las actividades relacionadas con el palín, realizadas por diversas razones, igual que antaño. En él se expresan el pasado, el presente y el futuro del pueblo mapuche”.

La relevancia de este juego para los mapuches queda de manifiesto en la frase proferida en 1914 por el viejo lonko de Pelal, Fermín Trekamañ Manquilef: “Afkilpe aukantun dunu, aukatun dunu meu, piam, yeneenolu ta che” (“Que no se concluya el conocimiento del palín, pues por él, se dice, la gente fue invencible”). P



Edmundo Carrillo Godoy

Arriba, antes de un partido en Chilcoco (provincia de Arauco), se reúnen los jugadores de ambos equipos y entrechocan los palines.

Abajo, rogativa de bendición de los alimentos, realizada por la machi antes del partido, con asistencia de los representantes de los equipos.